

por **GONZALO TORNE**

¡Qué difícil es ser Michael Houellebecq! ¡Y qué arriesgado tratar de imitarlo! Parece sencillo, pero no lo es, cómo va a ser sencillo ser como Michael Houellebecq! Con tan solo dos novelas, de una amargura casi física y una sordidez inflexible, Houellebecq dio forma literaria a una nebulosa de inquietudes y problemas que flotaba en el ambiente, y que siguen atemorizando a muchos ciudadanos del primer mundo. Con el díptico que forman *Ampliación del campo de batalla* (1994) y *Las partículas elementales* (1998) Houellebecq exponía el resentimiento de una generación hacia sus padres progresistas que habían desarticulado las viejas certezas del matrimonio y el «oficio de toda la vida» a cambio de la libertad de un mundo «líquido» y precario. Y también el miedo a perder la hegemonía del varón blanco sin haberla disfrutado (las novelas de Houellebecq se alejan de la alta burguesía y se aproximan a la clase media al borde de la subsistencia, la que en EEUU se conoce como *white trash*).

Houellebecq exploraba el miedo que siente el conservador ante una serie de cambios (sociales, económicos, estéticos, sexuales) que no logra asimilar, y dejan su tranquilidad (sin la que no podemos vivir) expuesta a una fría intemperie de incertidumbre. Como su amado Lovecraft, Houellebecq conjura su miedo convocando toda clase de criaturas temibles, solo que esta vez no amenazan con tentáculos viscosos ni membranas carnívoras, sino que son mujeres liberadas, islamistas, negros o turistas. Si con frecuencia el primer Houellebecq suena machista o racista, nunca renuncia

a exponer su miedo, se toma totalmente en serio su indefensión, es un novelista imprescindible.

Abel Quentin (Lyon, 1985) se propone un ejercicio parecido, pero mejor les cuento antes el argumento. Jean Roscoff fue de joven un prometedor intelectual de izquierdas. Ahora, sobrepasada la jubilación, soporta como puede a las novias de su hija. Su vida cambia cuando publica la biografía de un desconocido poeta estadounidense que despierta las iras de las redes sociales, convirtiendo su vida en un continuo jaque. Quentin se pro-

A pesar del buen tema elegido por **Abel Quentin**, cuesta tomarse en serio una novela que mantiene a tanta distancia sus miedos y que fía todo a la superioridad moral

Un humor de laboratorio: ¡qué difícil es ser Michel Houellebecq!

pone examinar la «cultura de la cancelación» y satirizar lo «políticamente correcto» poniendo en juego un festival de pullas, chascarrillos, burlas y parodias.

Quentin se cobija a la sombra de Houellebecq, pero las diferencias no tardan en meterse en los ojos del lector como dedos fastidiosos. En primer lugar, Quentin rebaja mucho el rencor biográfico hacia el progresismo. Allí donde los personajes de Houellebecq reprochaban a su madre que prefiriese las orgías a las rutinas de su crianza, el narrador de Quentin es un estómago satisfecho de haber participa-

do en la gran época del izquierdismo cuqui. En segundo lugar, el escritor elige un enemigo de mucho menor calado: nada menos que la supuesta *cultura woke* que mantiene a distancia durante todo el libro a base de condescendencia y superioridad moral, algo que Houellebecq no puede permitirse al elegir como materia de su cruzada polémica el pánico a perder la hegemonía económica, cultural, religiosa y sexual. Al leer a Houellebecq escribiendo contra el izquierdismo francés y la pujanza de la inmigración sentimos el latido de una carne que tiembla.

Incluso un lector que considere la *cultura woke* una quimera, la *cancelación* una estafa y la *dictadura de lo políticamente correcto* como una minucia podría disfrutar de una novela que se toma en serio el dolor, las inseguridades y el miedo que causan. Pero Quentin propone un paseo por el parque temático de los tópicos culturales conservadores e interpone entre el lector y la ficción el gélido cristal de un humorismo blando y meloso donde flotan grumos de resabios y lugares comunes. Parodia de laboratorio.

Cuesta tomarse en serio una novela que mantiene a tanta distancia sus miedos, que pretende mostrarse en todas y cada una de las páginas protegida y a distancia. Justo lo contrario (pese a lo parecido del tema y la intención) de la propuesta de su compatriota, que en sus obras maestras nunca se ha permitido estar «por encima» de su tema.

Comparar a Abel Quentin con Michael Houellebecq seguramente sea una injusticia, pero la justicia es algo por lo que deben preocuparse las divinidades y las leyes, el crítico sólo busca esclarecer. **L**



ABEL QUENTIN EL VISIONARIO

Traducción de Regina López Muñoz. Libros del Asteroide. 376 páginas. 22,95 € Ebook: 10,99 €

UNA ATERRADORA PUREZA MORAL

“He intentado representar a la cultura ‘woke’ sin caer en la caricatura, pero hay algo aterrador en la aspiración a la pureza moral de algunos activistas”, explica Quentin. Sin embargo, se muestra optimista: “¿Cosechan mucho éxito los conceptos de interseccionalidad y privilegio blanco más allá de los ambientes urbanos y elitistas? No lo creo. No es casual que estos conceptos se fraguaran en EEUU y sólo tienen futuro en una sociedad impregnada de puritanismo y religiosidad”